

LEER FILOSOFIA *

Leer es una tarea misteriosa, secreta, inexplicable; un juego fantasmal que en vano tratamos de describir neutralmente, como si fuese una actividad entre otras. Próxima por su condición ferozmente antinatural a la *perversión*, la lectura gusta rodearse de los gestos de lo prohibido: silencio, soledad, abandono, manías exclusivas y obsesivas por determinadas repeticiones—autores, temas que vuelven sin que sepamos confesarnos por qué. Leer nos compromete y nos amenaza; sabemos que nos promete a la muerte, que de hecho es *ya* ver el mundo después de muertos; la figura inmóvil, silenciosa, inapetente, desconocedora de lo que la rodea, atenta a los sucedidos impalpables de *otro mundo*, es imagen exacta de nuestro *cadáver*, adoptada voluntariamente en una escalofriante y premonitoria pantomima. Leer, hacerse el muerto, estarlo, tanto da; lo que perdura en todo caso es la vocación de sacrificar la vida en aras del misterioso tráfago de símbolos y símbolos de símbolos.

El sueño es múltiple y, como el otro, guarda con nosotros una relación que sabemos significativa, pero cuyo fundamento ignoramos y apenas nos atrevemos a imaginar; libros de viajes, de aventuras, relatos de antiguas hazañas, doctrina religiosa o técnica..., obras que enseñan o que narran... y, de vez en cuando, un libro de filosofía. Este se nos escapa, nos aburre; no sabemos qué hacer con él; no sabemos, sobre todo, *cómo leerlo*.

El libro de filosofía burla todas nuestras aproximaciones, defrauda cualquier expectativa; nada relata, a no ser esa aventura inmencionable ocurrida en la «otra escena», como dicen los psicoanalistas; finge enseñar, pero afirma sin base científica, sin rigor suficiente; quisiera adoctrinar, pero carece de autoridades supremas a las que referirse en busca de respaldo. Fracaso como narración, como lectura instructiva o moral; el texto filosófico se plantea al defraudado lector pura y simplemente como un *fraude*.

Enfrentado con unas páginas que desmienten cuanto sabe de géneros estilísticos, la tentativa del eventual lector (a quien supondremos

* Este texto forma parte del libro *La filosofía tachada*, que aparecerá próximamente en Taurus Ediciones.

ingenuo y acendrado en estas lides para mayor vistosidad de la imagen) consistirá *prima facie* en leer el texto que se le plantea como si perteneciese, *pese a todo*, a uno de los rangos literarios conocidos; quizá la publicidad misma que le recomiende la obra le inste a ello, hablando de un libro de filosofía «que se lee como una novela», o el título y disposición del libro, miméticos de los de un tratado científico, den pábulo a idéntica creencia; o incluso el tono moralizante y sublimado del discurso leído le impulsen a situarlo cerca del sermón dominical o de la oratoria política; en cualquiera de estos casos le espera un desengaño, pues el texto filosófico fracasa inevitablemente como novela, ciencia, homilía o arenga; es pura burla de estos géneros, cuyas convenciones a veces parcialmente imita, sin lograr redondear ningún resultado satisfactorio. Lo mismo podríamos decir —*pace* Rudolf Carnap— de la poesía (incluso de la llamada «poesía en prosa»), del grimoario mágico o alquímico, del recetario culinario, etc., aun admitiendo las indudables conexiones que el libro de filosofía tiene con estas otras ramas literarias, todas, ni que decir tiene, igualmente respetables... El resignado lector que al comienzo de este apólogo hemos fingido podrá, según su talante, empecinarse en un solo criterio o intentar varias lecturas sucesivas o incluso alternativas para cada párrafo, llegando en casos extremos a las fronteras mismas de la demencia y, en ocasiones especialmente afortunadas, franqueándolas. El resultado será en cualquier caso una sensación de fraude, de escamoteo o de fracaso, según se supongan intenciones dolosas en el autor o simplemente incapacidad para llevar a buen fin sus propósitos.

Esta impresión de fraude no es patrimonio exclusivo del lector que hemos supuesto, al que su candidez, vecina al cretinismo, no hace más irreal, sino que con él la comparten muchas de las «bellas almas» que practican lo que creen filosofía; a esto se debe que buena parte de los filósofos profesionales empleen su máximo esfuerzo y relativo talento en redimir a la filosofía de ser lo que es, transformándola en algún otro género literario más asequible y responsable; se trata por todos los medios de hacer *legible* el texto filosófico, de que no resbale juguetonamente bajo los ojos del lector. El filósofo, gremio en el que el academicismo suele dar sus frutos más patéticos, se avergonzará de la irresponsabilidad de su escritura, que, como la proverbial receta del médico, quizá sea ilegible de puro garabato huero, y tratará de asegurar a sus posibles clientes-lectores un *algo* archivable que salvar de la vaciedad y que compense el sueldo del uno y el trabajoso empeño de los otros. De este modo se fingen científismos más o menos abruptos, se poetiza con mejor o peor fortuna y, sobre todo, se estructuran recomendaciones morales, exhortos al compromiso político o a la «vida digna de ser vivida».

Así se espesa el malentendido entre la frustrada impaciencia del lector y el culpable azoro del autor, con el libro entre ambos como inevitable campo de enfrentamiento; libro vacío que finge ininterrumpidamente su discurso, libro que se revela vacío y se rebela en el vacío, punto cero del saber que se pretende punto omega, nada ilustrada y parlante, cuya nadería amenaza con su contagio la plenitud de los otros libros, al sacudir la *verosimilitud* misma de la tarea de leer. ¿Cómo es posible que tal cosa como un libro de filosofía exista y *funcione*, al menos en la modesta medida en que indudablemente lo hace? ¿Cómo puede darse un texto frente al que el lector no halle acomodo alguno, por más que se desplace de un lado para otro, por toda la gama de posiciones imaginables que el «Kama-sutra» de la lectura recomienda?

Las explicaciones, antes apuntadas, de cargar el muerto—nunca mejor dicho— a cuenta de la incompetencia exclusiva de los filósofos, incapaces de pergeñar un buen trabajo científico o una novela convincente, o incluso atribuirlo a estafa pura y simple, aunque no pueden ser refutadas cómodamente, dan poco *juego*, resuelven el caso demasiado pronto; además queda en pie el interrogante de por qué diversas personas alcanzan una satisfacción inodora e incolora, pero quizá no totalmente insípida, frecuentando libros de filosofía. Podría pensarse, por otro lado, que los textos de filosofía tuvieron su momento *legible*, llamemos así, en otra época, momento oportuno (*kairós*) que han perdido en la nuestra; en aquellos tiempos, el libro filosófico gozaba de una situación que permitía su lectura, quizá por contener una serie de elementos científicos o moralizantes que con las décadas han desaparecido de él y que autorizaban su inclusión en algún otro género estilístico más manejable. En una palabra, según esta opinión, la filosofía habría perdido su *legibilidad histórica*, lo mismo que para nosotros son opacos los símbolos pétreos que ornaban los capiteles de las catedrales del medievo y que quizá en su momento fuesen cifra de un lenguaje común y accesible. Pero, de nuevo este punto de vista menosprecia la indudable existencia de gustadores de la filosofía, su potencial de lectores inexplicables *hoy día*; algún tipo de lectura debe ser posible para estos textos filosóficos, aun ahora, máxime cuando que quienes los frecuentan encuentran en ellos un tipo de contento (o de placentera insatisfacción) que ninguna otra escritura les proporciona, cercano en parte al descubrimiento religioso y en parte a la revelación psicoanalítica.

En resumen, todas las posturas que obvian el tema resolviendo que la lectura filosófica es *imposible*, por pertenecer al reino de los fraudes o de los anacronismos, descuidan o pretenden reducir *el hecho*

indudable de la experiencia filosófica en nuestro presente; y, como en cada caso en que se mutila la realidad o se ignoran los hechos, un motivo *moral* anda por medio: en este caso, la norma universal y necesariamente válida (o pretendidamente tal) que acota lo que puede ser una lectura *buen*a, *sana*, *provechosa*, enjuto patrón cortado siguiendo las directrices de la eficacia productiva, llamada utilidad, y, a fin de cuentas, de *la división del trabajo*, que exige la clasificación de las actividades intelectuales para poder manipularlas y presente en la filosofía un enemigo irreductible de su dominio.

Intentemos observar más de cerca las dificultades que fundaron la perplejidad de nuestros primeros planteamientos. Habíamos descrito al lector en la privilegiada y —a no dudar— placentera condición del cadáver, aunque «cadáver consciente del gusano que le roe», como diría Blake. De aquí partió la constatación de la dificultad de acomodar al lector de libros de filosofía; es éste un muerto que se nos incorpora, un cadáver al que no podemos retener en el sillón. La virtud del lector de cualquier género literario es *dejarse llevar* (lo cual no es una postura puramente pasiva, ni mucho menos, e incluso tiene bastante de esfuerzo muscular de la imaginación); ahora bien, en filosofía es imposible dejarse llevar: quien se entrega, renuncia, no filosofa, ni siquiera *lee* filosofía, *pues no puede leerse filosofía sin filosofar*. Uno puede gozar de la magia novelística sin poner en juego más que el *fantasma* de narrador que todos llevamos dentro (si no lo poseyésemos, seríamos incapaces de leer nada), o de la poesía desplegando la receptividad poética tan sólo, o aprender del texto científico utilizando atención y memoria, etc. ..., pero sin ser en ninguno de los casos novelista, poeta o científico más que en grado potencial. Pero el texto filosófico, para ser leído, exige del lector una *plena actividad filosófica*, una entrega de lleno a la experiencia de filosofar. Ante el libro de filosofía es imposible dejarse llevar, porque no lleva a ninguna parte: es puro perdedero, un tremendo; quien se entrega, debe sentirse defraudado necesariamente. No hay posición de quietud receptiva válida ante el texto de filosofía: frente a ese libro, no cabe hacerse el muerto.

Pues sucede que la escritura filosófica misma es ya una lectura: su contenido, su mensaje, no es otro sino *la expresión de la experiencia misma de leer*, la expresión del acto de interpretación. La escritura filosófica anida sobre una lectura previa, texto en torno a un texto que reproduce y conserva en su urdimbre la inquietable *tensión* de la interpretación que expresa, interpretación de los grandes textos de la realidad, del discurso de los valores, de la religión, de la ciencia, de la filosofía misma. La condición de metadiscurso de la filosofía es su ir y venir, a modo de lanzadera, por el tejido de discursos que

constituye la realidad; pero se trata de una lanzadera que teje y desteje juntamente, que pretende desgarrar tanto como unir: atenta siempre a la apertura que la permita escapar de cualquier sistema cerrado y excluyente, de cualquier pegajosa tela de araña, de sutil y bello tejido, sin duda, pero en la que permaneciendo preso se halla la muerte.

La interpretación se expresa como distancia, como ligereza y agilidad respecto a la trama leída, nunca como ese apego y pesantez que pasa por rigor a los ojos cientifistas. La distancia la recoge la constante *voluntad expresiva* que pretende incesantemente diferenciar en grado máximo la *fuerza* que habla en el texto, su peculiaridad irreductible, inasimilable a la fijeza e indiferenciación formal del sujeto del discurso; a esta voluntad expresiva llamamos: *estilo*.

El lector toma el libro filosófico en el estremecimiento mismo de esa distancia estilística, que no enseña ni adoctrina, sino que *expresa*. Sólo la expresión misma, realizada, giro y recorrido del texto que se afronta, permitirá tal cosa como leer filosofía: permiso conquistado por la audacia de la voluntad expresiva del lector, pues si éste espera a recibirlo en la dócil posición del cadáver, la experiencia de la lectura filosófica ha fracasado, como él mismo, en una honradez que no tenemos en principio por qué negarle, no tardará en advertir; en tal caso sólo queda tirar el libro o volver a empezar. Esa voluntad expresiva que hemos llamado, en el orden de la escritura filosófica, *estilo*, en el orden de la lectura la llamaremos *ironía*, la cual representa en el lector el mismo distanciamiento interpretativo diferencial que el estilo es para el escritor. *La lectura filosófica es, pues, irónica*: de aquí la dificultad de asimilarla a las pautas establecidas para la ordenada operación de leer, pues tales normas tienen un fundamento moral, como dijimos, y la ironía, lo mismo que por su parte el estilo, no pueden ser sino formas de resistencia a la moral, creación, pues, de valores diferentes, fungibles y móviles en lugar de eternos e inmutables. La ironía y el estilo, por su propia condición, relativamente simétrica (es decir, dentro de una simetría deformada, *excéntrica*, que guardan entre sí la lectura y la escritura), son recurrentes, tienden a convertirse uno en otro, a aparecer uno en otro; así, el estilo abre espacio para que advenga la lectura del lector, ironía que busca irremisiblemente su expresión máxima, prolongando en texto la interpretación leída, dónde surge de nuevo el estilo; por eso podíamos decir que es preciso filosofar al leer filosofía, incluso podemos afirmar que la lectura filosófica exige prolongarse en escritura; a tal vaivén o danza del estilo y la ironía llamamos: *diálogo*.

Hemos utilizado la expresión «llamamos» para introducir los tres términos fundamentales de la experiencia filosófica (estilo, ironía, diálogo), a fin de subrayar la voluntariedad estilística de tal experiencia y suscitar de inmediato en el lector el deseo de autoafirmarse irónicamente renovando o reexpresando lo ya dicho, aunque sea con las mismas palabras tanto da.

La filosofía se propaga por el quebrado camino que lleva del escritor al lector, quien de inmediato se transforma a su vez en escritor, unidos por la misma voluntad expresiva que se opone a ser constreñida y limitada por los discursos vigentes, buscando lo *total*, lo *pleno*, tras la división laboral impuesta (división del trabajo en su acepción más amplia, incluyendo todo lo que somete al hombre a la consecución de un fin superior a él mismo, todo lo que pone una meta, política, religiosa, artística, etc.). El texto filosófico aparece así como un *campo de fuerzas*, un núcleo energético en el que los distintos discursos de la realidad se entrecruzan, se cuestionan y se desmienten. La voluntad expresiva que busca el momento más alto y no se complace con ninguna parcialidad es quien produce el texto y sólo ella, del mismo modo, puede interpretarlo. *Leer un texto de filosofía es liberar las fuerzas que contiene*, desarrollarlas hasta su punto máximo, empujarlas hasta el punto mismo en que el sentido de las palabras explota en un movimiento liberador de ironía demoledora, que barre la maleza de sistematismos clausos y moralizantes y abre el espacio en blanco donde la voluntad puede afirmarse de nuevo como estilo.

En el diálogo así establecido la razón no se atarea en reprimir y encauzar las fuerzas del discurso, haciéndolo fácilmente manipulable por medio del expediente de borrar al sujeto del saber (o, más bien, de ignorar la escisión misma del sujeto, suponiéndolo compacto, pleno y sin doblez alguno), como hacen el saber académico y el discurso del sabio absoluto, que es el grado más extremo y *consciente* de aquél; ni, mucho menos, tal diálogo tiene nada que ver con las efusiones sentimentales del pegajoso jarabe de la «comunicación» o la «comprensión», al modo en que, a veces, se ha formulado en la jerga existencial o en las cacareadas distensiones entre cristianos y marxistas, etcétera; la razón, en el diálogo filosófico, es polimorfa —vía para expresar todos los enfrentamientos de fuerzas, plena incorporación del *cuerpo* al discurso— y perversa, amoral... Lo que equivale a decir: es una razón *juguetona*, entrega a la plenitud irresponsable de la diferencia.

Quien lee filosofía se arriesga a filosofar; no recibe enseñanza, pero se le invita a una experiencia, de la que saldrá más vacío, más ligero..., o en la que se perderá: es lo mismo, pues a fin de cuentas y como

en el amor, el espanto o la risa, quien se entrega a la filosofía es porque ya *no puede hacer otra cosa*. Filosofar es quemar las naves, perderse, lanzarse a la búsqueda del silencio por medio de las palabras, fundarse en la nada, entregarse al azar: es elegir el texto sin pretexto, la escritura injustificable, que no admite retraso en la *incorporación* del lector al texto, como letra entre las letras. Leer filosofía es elegir el riesgo de renunciar a hacerse el muerto.

Pues el texto filosófico es: pie de partida; en él sólo puede leerse la orden de marcha, irónica voz de milagro: «levántate —nadie lo hará por ti— y anda».

FERNANDO SAVATER
General Pardiñas, 71
MADRID